

ANÁLISIS SOCIALISTA DE LA OBRA DE FRANCISCO A. ENCINA

Al examinar la historiografía nacional se comprueba una situación paradójica: de una parte, la existencia de una impresionante cantidad de obras voluminosas en las cuales se investiga y narra con minuciosidad el desarrollo del país en sus aspectos político y militar; y de otra parte, la carencia de estudios serios acerca de su evolución económica, social, educacional e ideológica. A pesar de la inmensa producción historiográfica chilena, amplias secciones de su desenvolvimiento no han sido analizadas, ni han merecido la atención de los investigadores y eruditos. Tampoco se ha escrito una síntesis completa y moderna de la historia de Chile, basada en los métodos de las ciencias sociales. En la mayoría de los casos, los diversos historiadores aceptan los mismos esquemas conceptuales usándolos sin el menor examen crítico. En esta forma repiten los datos y las interpretaciones, y sus aportes originales se limitan a la presentación del material escrito de nuevo y a algunos escasos detalles antes ignorados.

CARACTER DE LA HISTORIOGRAFIA CONTEMPORANEA

Hoy día la Historia no puede reducirse a la narración caudalosa de los sucesos político-militares con una agobiadora exhibición de documentos. La reconstrucción objetiva y exacta del pasado nacional, en su totalidad, exige la exploración de la estructura económica y el enfoque de los procesos sociales. Sólo el análisis de los procesos económico-sociales operados en el subsuelo de la realidad política, en íntima conexión, nos puede permitir la tan deseada reconstrucción objetiva y la explicación científica del movimiento histórico. Y para verificarlo fecundamente deben utilizarse en la investigación correspondiente los conceptos, métodos y datos de las ciencias sociales. Para comprender con claridad los problemas nacionales es necesario encarar el conocimiento detenido de la base material de nuestra sociedad en toda su evolución, porque la estructura económica y los hechos económicos no son el resultado de repentinos estallidos. Por el contrario, son consecuencia de lentos procesos, con una trama tupida de luchas y contradicciones, que se originan en

el seno de la sociedad, imponiendo leyes, moldeando instituciones, extendiendo nuevas ideas y aspiraciones, todo lo cual define y singulariza las acciones y posiciones políticas. La actividad de los grandes personajes únicamente puede comprenderse y apreclarse, con imparcialidad, por su ubicación precisa en su medio histórico y por su filiación como individuos pertenecientes a una clase social, o a un sector, cuyos intereses representan consciente o inconscientemente. De esta suerte es posible conocer bien la trama de los acontecimientos de los cuales han participado y, al mismo tiempo, valorar con rigor y exactitud su conducta. Exclusivamente con este método científico se podrá entregar una imagen fiel de la vida real de un período definido y del papel jugado por una determinada personalidad. Nada más distante de este procedimiento que el falaz estudio de la "conformación cerebral", de la "psiquis" y de los "avisos de la sangre", al cual recurren los adeptos a la intuición histórica.

LAS INSUFICIENCIAS DE LA HISTORIOGRAFIA TRADICIONAL

Los métodos tradicionales de análisis e interpretación no ofrecen ya soluciones completas y admisibles para el complejo proceso histórico. Quien se proponga explicarlo debe manejar múltiples conceptos, datos y técnicas elaborados en disciplinas no históricas, como son la sociología, la antropología, la economía, la estadística, la psicología social y la ciencia política. La narración prolija de los acontecimientos políticos, militares y diplomáticos de la historiografía clásica excluye los procesos sociales y culturales, los más importantes, y no arroja ninguna luz sobre realidades e instituciones de excepcional importancia. Fenómenos relacionados con las condiciones y fluctuaciones del avance o el estancamiento económico; las consecuencias sociales del desarrollo urbano; los nuevos tipos de ocupación de la mano de obra y las oportunidades que se abren o se cierran a la población; la alteración de las relaciones familiares; los orígenes y la persistencia de hábitos y creencias sociales; la naturaleza de la actividad política y las características del dirigente político; los objetivos sociales erróneos; la pérdida de los valores éticos y espirituales; las finalidades de la enseñanza; el papel de la Iglesia y de las fuerzas armadas, de la prensa, y las corrientes literarias y artísticas, son elementos esenciales en la existencia y progreso de la sociedad y, por lo tanto, deben merecer una atención preferente en el bosquejo del cuadro histórico. En caso contrario, la visión resulta trunca, parcial y equivocada, por más extensión formal y palabarrera que se le dé.

El esfuerzo gastado en describir la guerrilla politiquera, en confrontar leyes, en publicar nutridos epistolarios de próceres, es más útil orientarlo hacia el conocimiento de las normas de la sociedad en las cuales se ventilaban aquellas pugnas y donde vivieron y actuaron aquellos personajes.

FRANCISCO A. ENCINA Y SU "HISTORIA DE CHILE"

En Chile, existe una formidable base documental, organizada en numerosas colecciones eruditas, para reconstituir nuestro pasado. A la vez es sobresaliente la cantidad de grandes historiadores, quienes, aprovechándolas con amplitud, han entregado valiosas e irremplazables obras, aunque dando siempre importancia decisiva al plano político y soslayando el examen de la base material del país. Sin duda, personifican toda esta pléyade de investigadores y, a la vez, compendian sus virtudes y defectos, las figuras eminentes de Diego Barros Arana y José Toribio Medina. De entre los historiadores contemporáneos se propuso repetir y superar la empresa de Barros Arana, pero basándose en su vasta producción y en la de Medina, a la luz de nuevas concepciones, que denomina genéticas, Francisco Antonio Encina Armanet, abogado, hacendado, político y escritor. Entre los años 1940 y 1952 publicó su "Historia de Chile desde la Prehistoria hasta la revolución de 1891", en veinte gruesos volúmenes.

En el tomo I, analiza las características geográficas de Chile, su prehistoria y el drama de la conquista hispánica; en los tomos II, III, IV y V, describe la época colonial; en los tomos VI, VII y VIII, trata de la lucha de la Independencia; el tomo IX es un estudio del lapso de 1823 a 1830, la época de la "anarquía política", y el tomo X es un panorama de conjunto de la vida económica, social, religiosa y cultural de Chile desde 1810 a 1830; y en ambos volúmenes enfoca la obra de Portales; el tomo XI trata del gobierno de J. J. Prieto (1831-41); el volumen XII, de la administración de Manuel Bulnes (1841-51); el volumen XIII, de la presidencia de Manuel Montt (1851-61); el volumen XIV, del gobierno de J. J. Pérez (1861-71); los tomos XV, XVI y XVII examinan los gobiernos de Federico Errázuriz Zañartu y Aníbal Pinto (1871-81); el tomo XVIII, trata del gobierno de Domingo Santa María (1881-86), y los volúmenes XIX y XX de la administración de José M. Balmaceda (1886-91).

LAS FINALIDADES DE LA "HISTORIA DE CHILE" DE ENCINA

Su detallado análisis de la evolución histórica de Chile pretende ser el resultado de una actitud objetiva y comprensiva frente al devenir nacional, ajena a cualquier partidismo, porque, según sus palabras, "una historia encuadrada en un sistema filosófico, sociológico, político, moral o religioso, no es historia... El historiador que, antes de repasar los documentos, sabe a dónde va a parar, sencillamente no es historiador, cualesquiera que sean su poder cerebral y sus dotes artísticas". Esta observación no sólo la formula para exaltar el valor de su producción, sino también con el propósito de invalidar la clásica "Historia General de Chile", de Diego Barros Arana, de orientación liberal. Le supone parcialidad en sus investigaciones y lo acusa de haberlas subordinado a ideas preconcebidas en contra

de España y del régimen colonial. Lo cierto es, sin embargo, que F. A. Encina, al realizar su ambiciosa empresa histórica, tuvo por modelo y apoyo la "Historia de Chile" de Barros Arana, aunque la ataque continua y despiadadamente y al autor lo encuentre "inerte mental" y desprovisto de "sensibilidad cerebral" para aprehender el suceder histórico. Asimismo, aprovecha los trabajos de Ramón Sotomayor Valdés sobre el decenio de Joaquín Prieto (1831-41), y de Alberto Edwards sobre el decenio de Manuel Montt (1851-61). Pero, únicamente, reconoce haber utilizado la inmensa documentación reunida en las postrimerías del siglo pasado y primer tercio del presente por el gigantesco erudito J. T. Medina. A los autores contemporáneos que han suministrado valiosas obras, renovando en muchos aspectos la historiografía tradicional, a pesar de reproducirlos en muchas de sus consideraciones, no los cita ni deja constancia de sus publicaciones.

La lectura atenta de la Historia de Chile, de F. A. Encina, permite advertir varias finalidades de fondo. En primer término, la defensa cerrada de la conquista española como empresa idealista y espiritual, y la reivindicación apasionada de la obra colonizadora de España y de su régimen colonial; en seguida, exaltación ardorosa de la obra de la aristocracia castellano-vasca y de sus personajes, como Portales, Tocornal, M. Montt, A. Varas, A. Cifuentes; y condenación sistemática del movimiento liberal y de sus hombres más representativos, como Lastarria, Bilbao, Barros Arana, Balmaceda. Un propósito anexo, y bastante reiterado, es el de destacar la participación decisiva que habrían jugado en la política de su tiempo, sus familiares, los huasos Encina, de Maule-Linares. Asimismo, pretende llenar el vacío de la deficiente información económica y social de los anteriores historiadores. En este terreno logra sus mejores éxitos, aunque no establece ninguna conexión entre el avance y las transformaciones de la base económica y las actividades políticas, con el objeto de presentar una explicación sociológica del proceso histórico. Prefiere señalar los discutibles factores raciales y psicológicos como los determinantes de la acción colectiva e individual.

ACTITUD DE F. A. ENCINA FRENTE A BARROS ARANA

Otra finalidad, presente a través de toda su obra, es la de rebajar y desacreditar a Barros Arana. A este respecto la actitud de Encina llega a tomarse odiosa, como si todo su estudio hubiera sido trazado con el ruin propósito de deprimir y ridiculizar al gran historiador liberal. Es verdad que, con una soberbia desmedida y una descomunal egolatría, apabulla y demuele a todos los historiadores opuestos a sus particulares concepciones, a sus afectos militantes y a sus intereses políticos e ideológicos, pero es Barros Arana la víctima predilecta, en quien se ensaña y descarga a cualquier pretexto, sus hirientes e insidiosos anatemas. Encina, según Feliú Cruz, "ha rebajado, por desgra-

cia, con este encono, la propia dignidad de su obra", y pronuncia, a continuación, este juicio exacto y justo sobre la deuda de F. A. Encina con respecto a D. Barros Arana: "En rigor, si se hace honor a la verdad científica, Encina no había podido materialmente escribir su historia sin el auxilio, sin la base, sin las indicaciones, sin el plan, sin las investigaciones de Barros Arana. Las mismas fuentes bibliográficas son las que ha consultado y a veces ha vertido párrafos completos. En cuanto a los documentos, en su auxilio vinieron los de Medina y otros, aprovechados para corregir detalles de errores de Barros Arana. Pero Encina los ha ampliado con el evidente propósito de descalificar al autor de la Historia General. Esos errores, que no logran cambiar el fondo de los sucesos que relató, no son nada en conjunto. ¿Hay algo nuevo, fundamental en Encina que no esté en el relato de Barros Arana? Absolutamente. Lo nuevo es su estilo vigoroso, el sentido polémico que da siempre a la narración, las sugerencias, discutibles o no, con que la avasalla, la interpretación científica o sociológica con que procura explicar los sucesos. Es penosa la actitud de Encina para con Barros Arana historiador".

Creemos razonable el juicio reproducido y la única rectificación necesaria se reduce, en nuestro concepto, a agregar en el párrafo final, el vocablo "pseudo", por cuanto la interpretación histórica de Encina, en vista del abuso de anticuadas teorías racistas y de un psicologismo irracionalista, es pseudo-científica y nada sociológica.

LAS INFLUENCIAS DE P. N. CRUZ Y N. PALACIOS EN ENCINA

Aunque Encina se vanagloria de su originalidad, hasta en sus ataques a Barros Arana, demuestra ser un seguidor obediente de envenenadas plumas anteriores. Con toda la enorme extensión y porfía de su diatriba en contra del gran historiador vasco, en el fondo repite los reparos sibilinos de Pedro Nolasco Cruz, escritor católico y conservador, quien en su estudio de la "Historia General de Chile" acusó a Barros Arana de poseer un escaso caudal filosófico propio, de carecer de ideas luminosas y de pensamientos elevados; de faltarle puntos de vista originales y de no tener facilidad para manejar los hechos y descubrir las leyes a que están subordinados o las consecuencias que de ellas se deducen. Y, según P. N. Cruz, estos graves defectos de Barros Arana se deben a su concepción racionalista, positivista y liberal, y a su desdén por la España feudal-absolutista, el régimen colonial, y la actividad y rol de la Iglesia Católica en el devenir histórico.

Pues bien, idéntico criterio evidencia F. A. Encina en sus canchales ataques al autor de la "Historia General de Chile". La diferencia entre ambos representantes del conservantismo y de la reacción en el plano de la crítica y de la historiografía radica sólo en la extensión desmesurada del ataque de Encina, de su caudal

fraseológico excesivo para llevarlo a cabo, y de su disfraz con pretendidas concepciones históricas modernas.

F. A. Encina insiste reiteradamente en la originalidad de sus planteamientos con respecto a los rasgos característicos de la evolución nacional, pero, en realidad, lo único novedoso en el anciano historiador es su estilo pintoresco y desenfadado y su actitud irrespetuosa hacia los distintos personajes que le son antipáticos. En cuanto a sus concepciones más decisivas, están desechadas por la crítica histórica contemporánea. Y los puntos de vista en los cuales pone mayor acento, como exclusivos, los extrajo de Nicolás Palacios, de su caótico arsenal de "Raza Chilena", y de Alberto Edwards.

La influencia de Nicolás Palacios en F. A. Encina es muy profunda. Tanto sus críticas de la realidad económica chilena como sus remedios para transformarla, en su denso ensayo "Nuestra inferioridad económica", le fueron suministradas en gran parte por los desarrollos de N. Palacios. Para este escritor la posibilidad de un nuevo destino chileno se encuentra en la creación de una economía industrial y en la reforma de la educación, a fin de dotarla de una orientación más realista, utilitaria. En tales proposiciones se encuentra la rica fuente del pensamiento de F. A. Encina expuesto en su famoso opúsculo. Además, las aventuradas teorías racistas de Palacios provocaron su entusiasmo y su adopción apasionada, esgrimiéndolas para demostrar la superioridad de la aristocracia castellano-vasca y su derecho histórico a dirigir el país, derecho amenazado por el ascenso de la sangre aborigen en las "clases inferiores".

De otro lado, la exaltación de la aristocracia castellano-vasca y del autoritarismo; el desprecio por el pueblo mestizo y el liberalismo, provienen del arsenal de Alberto Edwards.

F. A. ENCINA CONTINUADOR DE ALBERTO EDWARDS

Al historiador A. Edwards no le interesaron los grandes cambios económicos ni las transformaciones sociales como base de las acciones políticas, de los programas y posiciones de los partidos y de las actitudes de sus dirigentes. Consideró a las agrupaciones políticas desligadas de aquellas estructuras materiales. Sólo estima fundamentales las ideas abstractas y los programas teóricos. Los hombres, entonces, se mueven y actúan, únicamente, por grandes concepciones idealistas. La trama de la lucha política del siglo XIX es, para él, la contienda entre el presidencialismo, de origen portaliano, y el parlamentarismo aristocrático, o sea, una pugna ideológica entre el conservantismo y el liberalismo. Es una interpretación simple donde no se enfoca el nacimiento de las nuevas fuerzas sociales, en razón del desenvolvimiento económico creciente y las vinculaciones de ese proceso a la economía internacional. No considera la presencia de poderosos y dinámicos intereses materiales, ni la acción de factores extrana-

cionales, tanto en su avance económico como en sus luchas políticas, realidades económicas y sociales nuevas que aclaran las extrañas alianzas entre conservadores, liberales y radicales, a pesar de sus oposiciones ideológicas. Esta misma ceguera sociológica de Alberto Edwards la padece F. A. Encina, no obstante su conocimiento de los factores económicos y sociales.

Alberto Edwards no comprende el nacimiento de los partidos populares como vehículos expresivos de los nuevos sectores sociales de clase media, o pequeña burguesía, artesanado y clase obrera. Permaneció siempre ajeno a la consideración de la vida y reacciones del pueblo. A menudo se refiere con desprecio a las "clases inferiores" y no les reconoce ningún papel. En cuanto a sus organismos, sólo los explica por la obra de agitadores, quienes, con el pretexto de ilustrar a las masas, las preparan para la sedición y los trastornos, y así inclinar la balanza política con el peso de todas las pasiones que fomentan la ignorancia y la miseria. Este es el criterio de A. Edwards en la comprensión de la existencia y las acciones de las clases populares en el país. Y es también el criterio de don F. A. Encina.

Por otra parte, A. Edwards considera utopías desquiciadoras a las reformas políticas tendientes a extender las libertades, patrocinadas por el liberalismo. En seguida, la contienda de 1891 la reduce al choque abierto del gran presidente Balmaceda con las clases dirigentes del país, porque habría tratado de "derribar sus venerables instituciones constitucionales" y se arrojó en brazos de una minoría débil, oscura e irresponsable. Los intereses de clases y los apetitos foráneos, heridos por la actitud y los proyectos de Balmaceda, hasta provocar la unión de enemigos ideológicos tan acérrimos como conservadores y radicales, no le arrancan la menor observación. Todo se limita a meras contiendas jurídicas e ideológicas, en el plano político, sin la menor vinculación con los grandes intereses materiales, económicos y sociales.

El análisis de F. A. Encina de la época posee el mismo criterio, con similares planteamientos y desarrollados, eso sí, envueltos en un torrente fraseológico colosal y adornados con abundantes "retratos psicológicos".

A. Edwards, cuando advierte la aparición de tendencias socialistas, las explica como el exclusivo resultado de la "animadversión contra las clases ricas y consideradas"; cuando comprueba la constitución de agrupaciones obreras las acusa de pretender que "el país debe ser gobernado por las clases inferiores de la sociedad a despecho de la escasa cultura moral e intelectual que ordinariamente alcanzan". Combate el sufragio universal, "que entrega a las masas venales los destinos de la nación", pero nada dice de quienes realizan el cohecho, con qué fines y cuál es el sistema amparador de esa inicua situación.

LA INFLUENCIA DE SPENGLER El indisimulado pensamiento reaccionario y aristocratizante de Alberto Edwards nutre

las páginas de la producción histórica de F. A. Encina. Su común filiación monttina los une en apretada simbiosis ideológico-personalista. Para Edwards como para Encina, el liberalismo y la democracia son concepciones exóticas, ajenas a la idiosincrasia chilena. En cambio, el régimen colonial, la preeminencia de la Iglesia Católica y el autoritarismo, de corte portaliano y montt-varista, expresarian la genuina vocación nacional. El latifundio, el inquilinato, el sufragio censitario, la represión y un gobierno autocrático y paternalista, ejercido con "buen sentido" por la aristocracia y la iglesia, constituyen los elementos de poder y dirección defendidos por el binomio Edwards-Encina. Todo cuanto desborde dicho cuadro supone un atentado a la tradición, a la legalidad y al progreso; y los diversos personajes enemigos de los "ideales" mencionados son "ilusos y desconformados cerebrales".

A. Edwards sufrió el impacto de la brillante y discutible obra de Spengler: "La decadencia de Occidente". Y, precisamente, la comentó en un extenso ensayo. F. A. Encina sufrió idéntico deslumbramiento y adoptó muchos de sus atrevidos esquemas. Cuando apareció la discutida obra, un perspicaz crítico español la analizó como un vasto ensayo de imaginación, cuya pretensión más insistente era la de explicar los secretos del pasado y del futuro, en virtud de un desarrollado sentido intuitivo, de una verdadera inspiración. También señaló que su influencia sería considerable y se la tomaría por los snobs como la última palabra de la ciencia histórica y la clave de la historia de la civilización. Juicio exacto si tomamos el ejemplo de F. A. Encina. Para el escritor chileno la historia no se descifra por un saber científico, sino por la intuición. Sin duda en la obra de Encina hay historia (el esquema tomado, en lo fundamental, de Barros Arana y relleno con la documentación de J. T. Medina), pero hay más imaginación, al modo spengleriano.

A pesar de proclamar, F. A. Encina, que la historia encuadrada en un sistema filosófico, sociológico o político cualquiera no es historia, la suya está predeterminada y deformada por una adhesión ciega a anticuadas concepciones racistas y clasistas, y por su insistente afán de refutar a Barros Arana y a los historiadores liberales.

ALGUNAS CONTRADICCIONES La urdimbre de su historia DE F. A. ENCINA ha sido trazada con el fin de demostrar que la conquista se

basó en altos ideales de creación desinteresada y que la tiranía española durante la Colonia es una burda patraña; que el español llegado a Chile era de sangre germana y su mestizaje con los aborígenes significó un retroceso de su grado de evolución mental;

que la grandeza de Chile se debe exclusivamente a la aristocracia castellano-vasca y los elementos de ideas democráticas eran "ideólogos", "tarados mentales" y "desconformados cerebrales".

En defensa de sus tesis cae a menudo en gruesas contradicciones y, por otro lado, se extiende en consideraciones aventuradas apoyadas, exclusivamente, en su potencia intuitiva.

Al leer la obra de Tancredo Pinochet Le-Brun, "Autobiografía de un Tonto", me encontré con un excelente capítulo donde examina los primeros tomos de la producción de Encina. En él registra diversas afirmaciones rotundas del anciano historiador y, luego, las confronta a lo largo de esos volúmenes verificando una serie de flagrantes contradicciones, muy propias de quien se deja llevar por la facilidad torrencial de su imaginación y de su pluma incansable. La lectura de este capítulo de Pinochet me ratificó varias de mis observaciones y me suministró otras que más adelante consigno.

F. A. Encina sostiene en el tomo II: "Para España lo fundamental fue la expansión espiritual y material de América. Los móviles económicos estuvieron siempre supeditados por el impulso creador". No obstante, en el tomo I, había escrito: "El mandato inconsciente de la sangre impulsaba a través de móviles egoístas y pequeños. Crearon, inconscientemente, movidos por avaricia de riquezas, de mandato, de lustre, de honores o de gloria inmediata". Y en el tomo IV, agrega: "A los capitanes, oficiales y soldados sólo les interesaba capturar indígenas para venderlos. Cogían indios de todas las edades, con frecuencia pacíficos, para venderlos en las minas del Perú, o en Santiago, o en Concepción".

F. A. Encina es rotundo en negar que la conquista fuera una empresa de negocios, pero suministra numerosos datos reveladores de cómo los españoles la llevaron a cabo para repartirse las tierras y los indios y adquirir riquezas y honores. Muchas veces los hechos se oponen a sus disquisiciones. Entonces los sepulta bajo sus desbordes intuitivos. A los frailes defensores de los indios, quienes denunciaron las crueldades cometidas por los conquistadores, los acusa de "desconformados cerebrales", pues en ellos "un sentimiento místico ahogaba el sentido de la realidad".

Según Encina el trabajo forzado y los castigos no eran las causas de la rebeldía de los indígenas y de su resistencia a plegarse al género de vida de los españoles. En el tomo I escribe: "Ningún poder, ninguna enseñanza, sin excluir la religión, podían hacer germinar en los aborígenes, aun aislándolos en grupos, los sentimientos y las ideas que informaron el cristianismo y la civilización occidental. Las concepciones y la moral abstracta del cristianismo tenían que resbalar por la superficie de sus cerebros primitivos, lo mismo debía suceder con el patrimonio mental que constituye el alma mater de la civilización europea". Pero el detalle de las atrocidades de los españoles explica mejor la razón de la indomable lucha del indio. En el tomo I, algunas páginas antes de la cita repro-

ducida, expone: "Valdivia les hizo cortar la mano y las narices a cuatrocientos prisioneros indios y los puso en libertad para que sembraran el terror entre sus tribus". Aplaude a aquellos conquistadores partidarios de los métodos de terror. Para él, Rodrigo de Quiroga (1575-1580): "fue, talvez, después de Valdivia, la personalidad de mayor valer entre los conquistadores de Chile. A un fondo de hidalguía, que manaba de la sangre y que no desmintió a lo largo de su vida y de su actuación, unía la prudencia, la sagacidad y un gran conocimiento de los hombres; un carácter recto y afable, siempre dueño de sí mismo, y que no excluía la firmeza y la decisión en los momentos difíciles; y la simpatía que gana espontáneamente las voluntades. —Pero faltó a este concierto de rasgos, rara vez aunados en un hombre, el embalsamiento en un gran propósito, que constituye la piedra angular de la personalidad de Valdivia". Es un retrato típico del método y estilo del apasionado historiador, trazado en gran parte de acuerdo con su exclusiva intuición, pues en la descripción de los sucesos protagonizados por Rodrigo de Quiroga o de sus actitudes trascendentales, no se aprecian con rotundidad los brillantes rasgos que le son atribuidos. Lo único resaltante en su acción, se reduce a sostener la necesidad de tomar prisioneros a los indios más belicosos, ejecutar a los cabecillas y "desgobernar" a los demás (cortarles los dedos de un pie).

EL ATRASADO RACISMO DE F. A. ENCINA

Los defectos más graves de las concepciones históricas de Encina fluyen de su obstinada adhesión a las teorías que ven en la raza el factor más importante de la Historia, tal como Gobineau, Vacher de Lapouge y H. S. Chamberlain, lo sostuvieron en el siglo XIX. Hace suyas, en parte, las teorías del doctor Nicolás Palacios, discípulo chileno de aquellos escritores europeos, expuestas en su libro "Raza Chilena".

Según el doctor Palacios, los españoles que conquistaron Chile eran de ascendencia germana, por lo cual la raza chilena es una raza mestiza araucano-gótica. Palacios formuló su teoría con fines patrióticos, dirigida a exaltar la bondad del mestizaje y las grandes cualidades del pueblo chileno. Encina hace suya la teoría de Palacios en algunos aspectos. Acepta la ascendencia germánica de los españoles llegados a Chile, cuya sangre se habría concentrado en las altas clases sociales; pero combate el mestizaje español-indígena, donde se originaron las clases populares, por haber significado un retraso en la evolución mental del pueblo chileno. De todos modos, el mayor porcentaje de sangre goda que circula por las venas de la población chilena habría influido en su temperamento y carácter, diferenciándola de los demás pueblos latinoamericanos. Para superar la contradicción de esta teoría con la realidad en la que los vascos se constituyeron en clase dominante, agregándose a ella elementos franceses, irlandeses, sajones, etc., Encina afirma que la capa vasca sólo recubrió la base goda, sin

destruirla, a fines de la Colonia y dio origen a la aristocracia castellano-vasca. Su insistencia sobre la alta proporción de sangre germana de los peninsulares dominadores de Chile, donde habrá influido poderosamente en su constitución étnica y en sus rasgos psicológicos, no puede asentarse sobre ninguna base seria. Entonces, Encina recurre en forma exclusiva a su fina sensibilidad cerebral y a su sagacidad intuitiva, de las que carecieron los historiadores vascos del siglo XIX, para demostrarla e imponerla.

La teoría enciniana acerca del fondo germánico del pueblo chileno resulta más peregrina si consideramos el panorama étnico de la Península Ibérica. El fondo racial característico y fisonómico de España está constituido por elementos iberos, celtas, romanos, semitas, fenicios, cartagineses, árabes y judíos sefarditas, bereberes, parientes de los iberos, y vascos. Los germanos establecidos en los siglos V y VI, formarán la aristocracia feudaloide sobre el pueblo hispano, celtíbero en su mayoría, relativamente romanizado. Y pasada la Reconquista que dejó raudales de sangre árabe y bereber, y también judía, en más de dos tercios de la península, la capa visigoda desapareció en la secular contienda o se mezcló abundantemente. De subsistir restos todavía en el siglo XVI, es difícil suponer que abandonara España para venir a América, si poseía puestos de comando en el gobierno de la época y su actividad internacional se encauzaba hacia la consecución de la hegemonía en Europa. A América se dirigen los elementos populares desesperados por la miseria y la sujeción, por las represiones terribles, quienes se juegan el todo por el todo (campesinos humildes, cuidadores de cerdos, presidiarios, marinos, moriscos y sefarditas, temerosos de las medidas fanáticas de la Inquisición), deseando mejorar la condición social y capaces de las mayores empresas a trueque de lograr riquezas y honores. El valor, la codicia y la crueldad, forman el simple andamiaje psicológico de estos conquistadores, sin el menor freno que provenga de la cultura o de la moralidad, y que se manifiesta a cada instante en contra de los aborígenes y de sí mismos. En realidad, el germanismo de los peninsulares llegados a Chile y su influencia en la clase dirigente nacional hasta determinar modalidades raciales, sociales e históricas, es el producto de un "estado delirante", para usar los propios términos, tan pintorescos y fantasiosos, del autor.

En cuanto al problema del mestizaje, expresa en el tomo III: "En la gran masa, el mestizaje determinó el retroceso del grado de evolución mental del español. A partir de la segunda mitad del siglo XVII, se acentuaron mucho en el criollo las manifestaciones de una especie de infancia cerebral que ya no desaparece en todo el curso de la historia de Chile". En los tomos siguientes insiste en diversas oportunidades que el mestizaje español-aborigen retrasó la evolución mental del pueblo chileno, legó al mestizo la repulsión por el trabajo, engendró desequilibrados mentales y produjo reversiones a la animalidad primitiva.

EL ARISTOCRATISMO REACCIONARIO DE ENCINA

Encina, en estrecha relación con su racismo, es clasista. El mestizaje es una calamidad y sólo las clases altas, sin contaminaciones aborígenes, son las creadoras y las hacedoras de la historia. La superioridad racial y, por lo tanto, mental y moral de las clases españolas dominantes es un dogma indiscutible. Es la gente distinguida y superior en constante peligro por la infiltración de la sangre aborígen. Si ésta se infiltra determina en el acto un retroceso del cerebro español, lo hace descender en la escala del desarrollo mental, lo torna más basto e imprime un ritmo más lento a las reacciones del temperamento y de la inteligencia. En el tomo V escribe: "Todo el siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII fue una lucha, sorda e inaparente, entre la barbarie representada por el avance de la sangre aborígen hacia las altas clases sociales, y la civilización representada por la sangre europea que siguió llegando".

A pesar de combatir con dureza al aborígen, en diversos capítulos reconoce el valor extraordinario de los araucanos y se admira de su voluntad y tenacidad guerreras y de su fecunda imaginación militar. Si los acusa de perezosos y señala su repugnancia por el trabajo, también comprueba una actitud similar de los españoles, haciendo resaltar que son descuidados y holgazanes. Son soldados y frailes y tratan por todos los medios posibles de hacer trabajar en su beneficio a los indios y mestizos. Llega a anotar que si los españoles entran en masa a los conventos es para esquivar el trabajo. ("El pueblo español encontró en la religión un justificativo al ocio y a la mendicidad vagabunda", tomo II). De ahí los miles de conventos y las decenas de miles de religiosos. Si fue imposible habituar a los indios a un trabajo sistemático, algo semejante ocurrió con los españoles. En el siglo XVII los días festivos eran 139, es decir, los españoles trabajaban únicamente durante 226 días al año.

Ante la realidad bosquejada, Encina, defiende la esclavitud, las encomiendas, los mayorazgos y la servidumbre de los mestizos. Y con la misma intensidad arremete en contra de los sacerdotes denunciadores de los abusos cometidos por los conquistadores y partidarios de la abolición de las encomiendas; rechaza las "tasas", porque habrían provocado la ruina de los encomenderos al reglamentar el trabajo de los indígenas. Combate la cultura y, en el tomo V, emite este juicio sorprendente: "Las Universidades jamás han sido focos creadores de las ciencias, ni palancas del desarrollo mental", y duda de la educación pública como medio para transformar el desarrollo mental de un pueblo, en abierta contradicción con su ensayo sociológico "Nuestra inferioridad económica", su primer escrito, en donde señala los diversos males del país, achacándolos a la mala orientación de la enseñanza. En ese ensayo pone toda su confianza en la educación para conseguir la modificación de la realidad nacional y la mentalidad de sus habitantes.

EL INTUICIONISMO FANTASIOSO DE ENCINA

Junto a su adhesión a las teorías racistas demuestra una simpatía constante por la filosofía irracionalista de Bergson, quien afirma que, únicamente, la intuición puede entregarnos la posibilidad de aprehender la realidad. De aquí saca Encina su ilimitada confianza en la intuición como método para lograr la resurrección del pasado y para comprender las acciones y móviles de los personajes. Y en este terreno el historiador abusa en forma desmesurada. Analiza con impresionante seguridad el subconsciente de numerosos personajes y conoce claramente los "avisos de la sangre" (el conocimiento proveniente de la sangre y no del intelecto) de muchos otros; traza extensos retratos psicológicos, a menudo, meros pretextos para sus exageraciones intuitivas, sin el menor valor histórico. De tal modo se acumulan las páginas ingeniosas, a veces agradables, pero fantásticas e inútiles.

Su adhesión a las teorías racistas y a la filosofía irracionalista se completa con su admiración devota por Spengler, cuya influencia directa, y a través de Alberto Edwards, es palpable en toda su obra. Spengler aplica en su concepción histórica la psicología irracionalista bergsoniana y un marcado materialismo biológico, al dividir el proceso histórico universal, de manera arbitraria, en culturas separadas, y éstas sujetas a un proceso biológico. Abusa de la imaginación y de las explicaciones y profecías intuitivas, Encina reproduce la particular terminología spengleriana y con ella forja innumerables mitos y enreda y obscurece el devenir nacional.

Respecto de los personajes históricos, Encina exalta y endiosa a algunos y denigra y ridiculiza a otros. Los santos de su devoción, Portales, Manuel Montt, Prieto, Tocornal, Antonio Varas, son todos genios o semigenios y, al revés, quienes provocan sus antipatías, los hombres de ideas democráticas, son "desconformados cerebrales, histéricos, turbulentos, tarados mentales, violentos, agraviados, miopes mentales e hipocondríacos". A Portales le consagró una obra especial, y muy extensa, publicada en 1934, donde acumula la más impresionante cantidad de ditirambos en favor del político conservador. Lo considera un genio extraordinario. A la misma altura coloca a Manuel Montt. En las páginas del tomo XIII vuelca su pasión admirativa de monttino fervoroso, siguiendo una definida línea familiar. Trata ahí de demostrar cómo Montt fue impuesto Presidente por la aristocracia, pero que ésta jamás lo consideró suyo. Su fuerza residió, entonces, en el apoyo del elemento modesto de la administración pública, en los acaudalados propietarios de provincia, en los sectores militares y civiles descendientes de la vieja aristocracia colonial arruinada y desplazada del Poder. Lo apoyaron devotamente, aunque "no era psicológicamente uno de los suyos, pero era el Mesías que su subconsciente esperaba; el vengador cuya planta debía hollar la soberbia del vasco advenedizo que suplantó a sus antepasados". El trozo es muy

representativo del estilo y método de Encina. Según el autor, Montt no sostuvo una lucha tenaz contra sus enemigos doctrinarios, ideológicos, los liberales, sino también con la fronda aristocrática, en especial al agregarse el motivo religioso en la contienda. El retrato psicológico de Manuel Montt ocupa varias páginas y en ellas menudean los más generosos elogios, lo recarga de tal manera que su personalidad histórica real se esfuma para dejar un cuadro ideal, una grandiosa, perfecta y solemne estatua. Montt, de acuerdo con el retrato mencionado, "posee admirable claridad y cordura intelectuales; recio andamiaje moral, poderoso instinto político; un fondo de profunda bondad humana; una fuerza magnética avasalladora, que emana directa sobre los hombres y los domina; es un gran conocedor de hombres, tal vez el mayor de los que registra la historia de la América española". A su amigo Antonio Varas lo considera, igualmente, un cerebro poderoso, "de un vigor semigenial", con vivo sentido de la realidad, una asombrosa amplitud de pensamiento y una vivísima sensibilidad cerebral, única en la larga serie de estadistas y políticos chilenos. Y en esta forma exalta a quienes le son simpáticos, mientras sepulta en una avalancha de dieterios y juicios adversos a quienes le disgustan. En el endiosamiento de Portales y M. Montt y en el aniquilamiento de los personeros liberales, por repulsa ciega al movimiento democrático, es el seguidor, con mayor caudal fraseológico, de Alberto Edwards y de los historiadores conservadores.

LA OBRA DE FRANCISCO A. ENCINA ES REACCIONARIA

Encina acusa a nuestros historiadores de otorgarle una exagerada importancia al desarrollo político, dejando "en los demás aspectos de la evolución social, lagunas que hacen difícil su aprehensión". Colma el vacío apuntado, por medio de informativos capítulos sobre la evolución económica y cultural del país; pero, no obstante, no establece ninguna vinculación entre el proceso económico y la acción política. Para él, el desenvolvimiento histórico nacional está determinado en forma decisiva por los factores de raza y sangre y los psicológicos. Cae en el mismo pecado de sus predecesores reseñando de manera minuciosa el desarrollo político, al cual reduce, principalmente, la marcha de la nación. Y los sucesos políticos se hacen y se deshacen de acuerdo con la acción de individuos destacados, quienes se unen o se dividen, según tengan su psiquis normal o sean desconformados cerebrales; según sean castellanos-godos o vascos advenedizos, o meridionales delirantes.

Cuando analiza la época republicana lleva a cabo una condena sistemática de los adeptos al ideario democrático y libertario. Son "ideólogos", "soñadores", que vivían en "estado delirante", verdaderas excrecencias del desarrollo nacional. No les reconoce ningún papel en el curso del devenir nacional, ni siquiera como incitadores e inquietadores del progreso político y jurídico del país.

En este aspecto, Encina, oscila entre el culto al héroe local (Portales, M. Montt) sin la menor interpretación crítica, pues todo se le antoja genial, excelso y asombroso en él; y la fácil diatriba dictada por la pasión partidista y la incomprensión frente a lo que ofrezca un leve matiz popular o democrático. Subestima o desprecia el aspecto social como trasfondo del acontecer histórico y por ello no establece la necesaria conexión entre sus capítulos respectivos y los sucesos políticos.

Por las razones expuestas, la obra de Encina, interesante y atrayente por motivos de estilo y soltura de interpretación es, al mismo tiempo, extremadamente peligrosa, a causa de la fantasía que abunda en sus páginas y por su reiterado afán de desprecio de las ideas democráticas. Por otra parte, sus teorías racistas están reñidas con la ciencia y con las investigaciones biológicas modernas. Ya no es posible dividir a la sociedad en un sector de sangre azul y otro de sangre roja. Su concepción es reaccionaria y tiende a justificar la dominación española primero y la explotación de la nacionalidad por una reducida y egoísta oligarquía a continuación. En este aspecto es un verdadero arsenal histórico de la reacción, estrecha y miope, bloqueadora del progreso amplio del país, al impedir el desencadenamiento libre de todas las fuerzas materiales y espirituales avasalladas en gran parte por los privilegios y las injusticias que mantiene intransigentemente.

Valgan todas estas consideraciones, cuando conocemos la triste noticia de la muerte del historiador, como el juicio póstumo pero permanente que nos mereció y merece su obra.

arauco

LISTA DE AGENTES EN PROVINCIAS

CIUDAD	NOMBRE	DIRECCION
ANTOFAGASTA	Eugenio Veloso	Washington 2728
CALETONES	Daniel Aguilera	Edif. 70, casa B
CAÑETE	David Nieto Ramos	Casilla 124
CAUQUENES	Raúl Riquelme	Casilla 359
CONCEPCION	Mario Alarcón	Víctor Lama Nº 281
COPIAPO	Clodomiro Araya	O'Higgins 1021
COYHAIQUE	Sergio Sandoval	Escuela Agrícola
CURANILAHUE	Domingo Baeza	Casilla 35
CHILLAN	Humberto Espinoza	Casilla 635
IQUIQUE	Eduardo Peralta P.	Bulnes 191
LA LIGUA	Luis Urtubia	Casilla 71
LA UNION	Luis A. Avila	Esmeralda 865 B
LINARES	Luis Vergara Lagos	Casilla 237
LINARES	René Corvalán	Casilla 356
LOS ANDES	Juan Lelva	Casilla 385
LOTA	Emiliano Campos	Casilla 81
OVALLE	Ulises Barra	Casilla 16
PANGUIPULLI	Hermeregildo Rivera	Casilla 571
PARRAL	Enrique Belmar	Casilla 172
PEDRO DE VALDIVIA	Aristides Aguirre	Bolívar 27
PUERTO MONTT	Alberto Osorio	Casilla 765
PUERTO NATALES	Magel Viano	Esmeralda 182
PUNTA ARENAS	Eniceto Ovando	Caupolicán 334
RENGO	Jaime Manríquez	Libertad 521
SALAMANCA	Raúl Flores	Julio Echevarría 136
SAN ANTONIO	Ignacio Véliz	Arauco 022, Barrancas
SAN CARLOS	Jorge Vera	Casilla 85
SAN JAVIER	José Escalona	Arturo Prat 2873
SAN MARTIN DE ANDA	Adonis Sepúlveda	Santo Domingo 248
TEMUCO	Sofanor Valdés	Casilla 505
TUCOPILLA	Alexis Castillo	Montt 626
VALLENAR	José Ramírez	Casilla 1939
VALLENAR	Jorge Núñez	Prat 1515
VILLA ALEGRE	Jorge Vera	Faer 165
VINA DEL MAR	Gustavo Pinto	Compañía de Teléfonos
VALPARAISO	Isabel Cárdenas	Ferrocarril 1149
VALDIVIA	Librería PLA	Condell 1575 - Local 1-B
	Néstor Figueroa	Población Ferroviaria,
		Pasaje 1, Nº 2099

La Revista ARAUCO, Tribuna del Pensamiento Socialista, aparece una vez al mes en Santiago de Chile.

ARAUCO tiene servicio de canje con las principales revistas y periódicos socialistas del mundo y en sus artículos y crónicas sobre temas nacionales e internacionales se orienta por la posición representada por el Partido Socialista de Chile, aunque sin expresar necesariamente sus opiniones.

La Dirección de ARAUCO ruega a sus lectores hagan llegar sus observaciones y sugerencias relativas a la presentación gráfica y al material literario a la Revista. La Dirección agradece anticipadamente la cooperación de los lectores en esta tarea periodística destinada a divulgar en Chile y América Latina el pensamiento socialista.